

H. ASAMBLEA CONSTITUYENTE DE 1938

Discurso del Diputado por
Cochabamba H. Augusto
Céspedes, fundando su
voto en la elección del
Poder Ejecutivo.

**SESION DEL 27 DE MAYO
DE 1938**



LA PAZ - BOLIVIA

EDITORIAL UNIVERSO - INGRAVI 549-571

arrajar libro

01301

Sesión del 27 de Mayo de 1938

Elección del Poder Ejecutivo

Presidencia del H. Renato Riverín

H. Presidente.—En virtud del artículo 1o. de la ley, que acaba de sancionarse se procederá a la elección del Presidente y Vicepresidente de la República.

H. Céspedes.— Voy a fundar mi voto, en una exposición larga, por lo que pido al señor Presidente me conceda la palabra antes del acto de la votación, para no interrumpirla.

La elección que ha de realizar en este momento la Asamblea, formada por socialistas y ex-combatientes en su casi totalidad, requiere una declaración de principios, una fijación de propósitos para definir posiciones históricas y políticas. (Interrupciones en la barra).

Pido se me permita desarrollar mi exposición sin interrumpirme, por lo mismo que al hablar, interpretaré el espíritu de ese público de galerías que parece ignorar de lo que se trata.

Hace un instante el H. Arratia manifestó que era voz corriente en esta ciudad, y en el país todo que la Asamblea no tenía más misión ni objeto que constituirse en colegio electoral, para designar al Ejecutivo y darse por fenecida. Señaló su opinión contraria a esa versión, como yo la señalé al afirmar que no somos un mero colegio electoral sino que tenemos otras funciones que nacen del espíritu mismo de nuestro mandato. Ese espíritu es revolucionario e imprime un carácter especial a nuestros actos, uno de los cuales es la designación de Presidente y Vicepresidente, constituyendo los sucesivos una serie de vinculaciones sucesivas con ese Ejecutivo, ya que, con él, constituimos el Estado. (Interrupciones en la barra).

Por lo menos, yo entiendo así mis funciones: como las de un miembro del poder, como las de un partícipe en las responsabilidades del Gobierno que vamos a inaugurar. Asumimos la delegación de la Soberanía Nacional, luego, somos el pueblo constituido en Estado, lo estamos integrando. En este concepto, voy hasta hacer esta afirmación: aunque asumiésemos una actitud opositora al Poder Ejecutivo, estaríamos siempre integrándolo, estaríamos representando el papel negativo de la dialéctica estatal, que se une con su contrario y forma esa síntesis de la Nación que es el Estado.

Por eso digo que son indispensables ciertas constataciones, mucho más si hemos de proceder a un acto de repercusión en la vida nacional, a un acto de fundación de un Gobierno y una política, en nombre del país y, lo que es más grave, en nombre de la historia. Señalo a los HH. Convencionales el significado de su presencia aquí: es histórica, aunque lo dude la barra. Por ese significado debo hacer declaraciones, bajo mi entera responsabilidad, ya que no represento entidad ni grupo organizado alguno, pero soy hombre de mi generación, y de hecho, personifico a ciertas corrientes de pensamiento, o si se quiere, a ciertos individuos que votaron por mí y me hicieron su diputado.

Esta Asamblea está destinada a tres grandes funciones: formar el Ejecutivo, dar una Constitución al país y luego, la función que considero más duradera y difícil: dar un sentido a la política del gobierno que ha de crear. Analizando estos aspectos encontramos que el primero, nombrar al Presidente y Vicepresidente, es tan llano, tan acordado y resuelto, que ha dejado de ser un problema. En cuanto a la Constitución, su discusión es en cierto modo teórica aunque sea un trabajo que demande no solo cultura y conocimiento libresco, sino sentido de la realidad y de la historia para plasmar en artículos y en capítulos las normas básicas de la convivencia boliviana. Veremos si predomina en nuestra Constitución el molde arcaico del 80, o un temperamento revolucionario, o un temperamento transaccionista o, lo que sería lastimoso si predomina el mismo carácter de los reformadores de 1931 que remendaron la Constitución del 80, desfiguraron su unidad histórica y le acoplaron un Referéndum con incrustaciones barrocas, que en ocasión memorable pulverizó la elocuencia de ese gran diputado que fué Franz Tamayo.

Y en este mismo orden viene la tercera labor de la Convención, gran labor, sacrificada, difícil, talvez heroica: caracterizar, orientar, imprimir rumbo al gobierno nacional. Los anteriores problemas tienen su solución en el mero voto y en el debate meramente intelectual, entretanto que este tercer problema de la acción política recae sobre hechos, sobre hombres, sobre cuestiones y personas actuales y presentes.

Me adelanto a pronosticar que para esta tarea vamos a hallar, graves dificultades, como las hallo yo mismo en este instante. (**Interrupciones en la barra**). A los ciudadanos de la barra que manifiestan descontento por mis expresiones les aconsejo cargarse de la mayor paciencia, porque estoy decidido a continuar mi discurso aunque sea hasta las doce de la noche.

Decía que en nuestra tarea política de conducción de la política nacional, hallaríamos grandes dificultades. Yo no quisiera aumentar las patrióticas inquietudes de los señores Convencionales mostrándoles perspectivas desagradables, pero siento la necesidad histórica, ética y aún dialéctica de hacer un análisis de estos problemas y de manifestar lo que queremos, o lo que creo yo que debemos querer, a fin de acordar soluciones serias y definitivas y no tambalear en un oportunismo con el que jamás llegaríamos a consolidar un régimen estable y duradero.

Ingresando a ese análisis inevitable, lo primero que se comprueba es lo siguiente: el problema presidencial es cosa resuelta, señores. Ha dejado en realidad de ser un problema por el carácter de la candidatura Busch-Baldivieso, que no tiene al frente ni la mención de otro binomio, contando más bien con el consentimiento de casi la unanimidad de esta Asamblea.

En cuanto a la Constitución su estudio es laborioso y largo y aunque la lógica señale que sería previo determinar las normas constitucionales a fin de que el Ejecutivo sea designado de acuerdo a esas normas, no se puede discutir que por las circunstancias tan raras en que se desenvuelve la Asamblea se ha dispuesto que se invierta esa lógica. Mi criterio es otro: primero Constitución, luego formación del Poder, pero como no tengo ánimo de abrir un debate inútil que podría ser tachado de obstructionista para la elección del Poder Ejecutivo, no presentaré ninguna reserva en este sentido.

Entonces, continúo: Si no ha de tocarse previamente la cuestión constitucional y si la designación de Presidente y Vicepresidente es cosa ya acordada, me pregunto: ¿Nada más tiene que hacer esta Asamblea? ¿Su tarea primordial, generatriz de una política nueva ha de concretarse a votar y callar? Hay aquí un ideario político, una de cuyas manifestaciones alegóricas la hemos presenciado con motivo del juramento de los Socialistas la otra noche y aunque una parte de la Convención haya renunciado súbitamente a ese ideario, ¿renunciará a su doctrina para entregar su voto a dos personajes a fardo cerrado, sin condiciones y sin compromisos?

La constitución de derecho de un país es su norma permanente y variable sólo con los grandes cambios en el transcurso de largos años, pero la "constitución de hecho" es su vida misma actual, palpitante, que reclama fórmulas y decisiones al ritmo de los acontecimientos, y es precisamente, señores, esta

Asamblea el órgano dinámico de la soberanía nacional, que encarna esa vida, la determina y la encamina, y sobre los congresos ordinarios, esta Asamblea específicamente, excepcionalmente, tiene poderes soberanos porque es una Asamblea Constituyente, un cuerpo revolucionario que está asumiendo dos trascendentales funciones al mismo tiempo: plasmar el derecho y nombrar un poder Ejecutivo que consuetudinariamente era nombrado por elecciones directas del pueblo.

La Asamblea Constituyente es pues, en mi concepto el puente entre el Gobierno de hecho bajo el que hemos vivido durante dos años y el gobierno de derecho que proyectamos fundar. Y es algo más, es el camino por el que debe marchar el legalismo que se inicia.

Y aquí llego, señores Convencionales, a un punto esencial en mi análisis: el gobierno de derecho que iniciamos no puede ser igual al gobierno de hecho que termina, es decir, que la Asamblea está obligada a que su acción funde una nueva vida con normas legales, que no constituya un simple saldo del gobierno de hecho sino una verdadera institución creadora, porque si así no lo hiciese, este grupo de hombres no sería otra cosa que un grupo de defraudadores a la esperanza nacional. Si de aquí no sacamos algo estable, vigoroso, no fundado en la fuerza ni en el interés sino en la conciencia, querrá decir que esta Asamblea es nada más que una ficción y que el Gobierno militar de hecho continúa a través de una comedia. (Murmullos en las galerías).

Aconsejo a los ciudadanos de la barra que en lugar de hacer ruido me escuchen atentamente, por que esta es una ocasión que se les presenta para aprender algo.

Las dolorosas experiencias de los años de la llamada revolución socialista nos dan derecho a hablar y a reclamar una política más franca y menos jactanciosa por parte de los que han asumido el gobierno del país y nos obligan a recordar ahora, después de dos años de silencio obligado, que las fallas de esta revolución nacieron precisamente de hacer ficción revolucionaria y no revolución efectiva, y de haber constituido la mentira, la falsía y la felonía, como instrumentos habituales, como sistemas consagrados a desfigurar el contenido socialista de la Revolución, como nacieron también de la debilidad de los dirigentes socialistas que se retiraron del gobierno o fueron retirados, unos, los más débiles por sus propios desengaños, y otros, los más fuertes por obra de la fuerza o por obra de la intriga.

Señores Convencionales, yo no atribuyo, como la reacción, el actual estado de malestar y de desorden ni al socialismo ni al gobierno de hecho únicamente. Las causas son más profundas y aunque tienen su punto crítico, su zona explosiva en la gue-

rra del Chaco, se remontan a las raíces de nuestra historia, de nuestra composición étnica, de nuestras costumbres y de nuestra incertidumbre secular.

En obsequio al tiempo de ésta Asamblea no voy a hacer un estudio de nuestra historia. Voy a utilizarla, simplemente, como radical motivación de nuestra postura actual y como explicación lógica de nuestra crisis presente. Nuestra crisis es un complejo de un conflicto de clases y de conflicto de generaciones. Define Ortega y Gasset la crisis como el cambio total por el que, al sistema de convicciones, al mundo de una generación, sucede otro mundo que demanda otra clase de convicciones que no se sabe cuales pueden ser. El hombre está así dentro de la crisis y frente a ella, en contraste entre lo que es él y lo que lo rodea.

Aplicando este principio a nuestra historia contemporánea, advertimos que nos hallamos en crisis, y que esta crisis nace de un conflicto entre el sistema de convicciones de una generación vieja y el cambio material de las cosas que ha sufrido la organización, la vida boliviana y especialmente la economía. **(Nuevas interrupciones en la barra)**

Un momento más (dirigiéndose a la barra) garantizo a Uds. que Busch, ha de ser Presidente **(Continúa el desorden)**

Señor Presidente: no me interesan las explosiones de una barra ignorante sino porque cortan el hilo de mis demostraciones. Yo no sé si mi discurso depende de la voluntad de elementos anónimos de la barra o de la atención que me presten los HH. Convencionales.

H. Eguino Zaballa.— Considero fundamentales los enunciados históricos y políticos que desarrolla brillantemente el H. Diputado por Cochabamba. Fido al Sr. Presidente que aperciba severamente a la barra para que continúe su exposición.

H. Céspedes.— Para ser mas claro me referiré a un hecho de fácil percepción: hasta hacen veinte años o menos, hasta hacen diez años, vivía Bolivia una apacible y casi patriarcal existencia de República colonizada con su clase dominante y su clase dominada, una existencia cómoda, mediocre y modesta, de bido especialmente al estado incipiente y casi primitivo de su economía. Sus problemas de primer orden residían sobre aspectos racionales tipificados en la mentalidad de los hombres del 80, sobre conceptos abstractos como la libertad electoral, base del problema republicano- el matrimonio civil, la educación laica, el individualismo económico -postulados del liberalismo- en una continua disputa del Poder que no consultaba los intereses económicos de la nación ni de las grandes masas bolivianas, sino que encubrían bajo aspectos de una pueril literatura política, la situación de sometimiento económico en que se encuentra Bolivia. Pero, mientras en Bolivia se vivía así, el fermento económi-

co seguía su curso: se interesaba el mercado extranjero por nuestros minerales, crecía la industria y se operaba sobre todo el fenómeno de la concentración capitalista que ya señaló Marx, fenómeno que incorporó a Bolivia dentro de la esfera del imperialismo internacional, actuando así el materialismo económico sobre la realidad de nuestra vida política y social.

El mundo boliviano, iba cambiando materialmente, pero el pensamiento de sus clases directoras no cambiaba. Más, sobrevino la guerra del Chaco que constituyó un quebrantamiento de las leyes normales y entonces Bolivia, de la evolución paulatina fué al cambio brusco, intensificándose la presencia de la realidad económica hasta hacerse no solo perceptible, sino dolorosa. Así hemos llegado hasta una situación tan insólita, tan sorprendente para los que nos precedieron que no puedo objetivarla sino con un ejemplo: antes había mucho oro sellado en Bolivia, hasta se lo desdenaba por su peso, juzgándolo incómodo. Pero si ahora yo exhibiese aquí una libra esterlina oro o un águila americana, sería objeto de admiración por parte del público y conquistaría la admiración de la barra: la moneda por ser de oro y ya por ser su poseedor.

Esto no pasaba hace diez años. Antes había también la moneda, y los cambios, el crédito y la exportación, pero ninguno de esos hechos tomaban la categoría de problema apremiante y desesperante. Ahora hay el problema de las divisas; la importación es un asunto que cada mes, cada quincena, demanda esfuerzos titánicos por el Gobierno, por los mineros, y sobre todo, por los consumidores; la subsistencia del país, su abastecimiento con artículos de primera necesidad es un conflicto diario; la producción del estaño, su venta y su regulación en el mercado internacional son cuestiones que ocupan el primer lugar en la realidad del país y con tal fuerza que, más importancia, mas efectividad tiene para Bolivia el Comité de Londres que la Asamblea Constituyente boliviana; y hay sobre eso una cuestión industrial, y hay un problema obrero, y un problema petrolero y un problema agrícola, todos ellos tan importantes que las entidades financieras y las empresas industriales intentan ahora lo que no se atrevieron hasta hoy: intervenir, no indirectamente, sino directamente en la composición de los Poderes del Estado.

Ha cambiado, pues, nuestra situación y nuestra estructura económica, y con ella nuestra estructura social, pero, señores lo que no cambia es nuestra estructura política, mejor dicho, la estructura mental de las clases y de los hombres que, como saldo de la anterior generación, tienen todavía el poder en sus manos para resolver esos problemas.

He aquí la crisis: un país colonizado con dos generaciones, una que trata de mantener la organización colonial y otra

que quiere fundar la nacionalidad efectiva y libre, económicamente libre. Nuestra crisis es compleja, es crisis de dos generaciones frente a un mundo que cambia. La anterior generación, la que ahora mismo es dominante en la política, la economía, las finanzas, la sociedad, y que en lo único que ya no es dominante es en la literatura que hemos tomado a nuestro cargo los escritores nuevos, esa antigua generación quiere resolver problemas nuevos con sistemas tradicionales y a mí me dá la impresión que daría ver a un señor muy respetable que, por desconocer el motor y el manejo de un automóvil, para usarlo, no viese otro procedimiento que engancharle un par de caballos.

Y por su parte, la nueva generación no ha pedido hacerse todavía de un sistema de convicciones, como las llama Ortega y Gasset y vacila ante una realidad que aún está conducida y ordenada por las convicciones, por las leyes, por los credos y sobre todo, por los intereses económicos del viejo capitalismo de la generación vieja.

De aquí es que no debemos sorprendernos ni desconsolarnos si comprobamos que de la guerra del Chaco no salió perfectamente equipada de ideas y de soluciones, la generación revolucionaria. Eso, sobre todo, por que participó en la catástrofe, que descompuso su unidad psíquica, su certidumbre en viejas creencias y su serenidad. Salió con anhelos, con pasiones, no con planes, ni métodos, ni sistemas, salió víctima de esa otra crisis en que evidenció todo el mal, toda la catástrofe a que puede llevarse a un pueblo cuando se quiere, como lo hizo ese gran idealista y gran egoísta que fué Salamanca, hacer guerra moderna con procedimientos de guerra romántica.

La causa del desastre del Chaco no fué otra que la falta de técnica: falta de técnica en la política, en la administración, en la diplomacia, en el comando militar. A un fenómeno al que concurren todas las formas modernas de la organización científica y de la ciencia política, en la diplomacia, en el gobierno interior del país y en la preparación de los comandos, se le aplicó un criterio provinciano, semi-científico, como lo llamó el mismo Salamanca, para llevar a Bolivia a una debacle que solo la admirable, la histórica fortaleza biológica y espiritual de este pueblo ha podido resistir.

Y después... después vino algo que también se explica por el período de cambios en los conceptos y las realidades en plena crisis. Vino el bonapartismo, un bonapartismo sin bonapartes, es decir, que los militares derrotados ocuparon el Poder, después de la derrota.

¿Qué podíamos hacer? Un erróneo concepto de la necesidad del país determinó a un grupo de juventud y a muchos otros grupos, reunidos alrededor de una palabra "Socialismo" a pactar con el Ejército. Hay un célebre documento al respec-

to, y pactó, precisamente por que en el Ejército no había Bonapartes, porque consideró que la necesidad de una reorganización del país no podía confiarse en manos de un solo hombre, que no lo había, y tampoco en manos de una clase o de una casta, sino que a esa reorganización debían concurrir todas las fuerzas que representaban el saldo resultante de la guerra y con ellas los núcleos políticos que no eran responsables de la catástrofe. Por eso, en ese pacto está la firma de Baustista Saavedra.

Pero la crisis mental del socialismo surtió sus efectos: no había, como digo, un plan unitario, un sistema de convicciones que oponer a las fuerzas arraigadas del capitalismo oligárquicos. Y fué fácil desplazarlo. Se había pactado con él en nombre del Ejército, y se lo expulsó también en nombre del Ejército.

Así el socialismo, nombre que tomaron los anhelos de toda esa gente, de toda esa muchedumbre que dejó parte de su alma en los chaparrales del Chaco para volver desde la campaña o desde el cautiverio, para volver a sus lares con un alma nueva, ansiosa de renovaciones y ansiosa de compensar con un nuevo esfuerzo y con su sangre nueva, todo aquello que había perdido en la frontera, así el socialismo no se realizó sino en sus aspectos negativos. Los que ocuparon y se instalaron en el Poder en 1936 a nombre del socialismo, unos se dedicaron a practicar el principio económico de la distribución de la riqueza, ¡ya sabemos cómo!, en beneficio propio, maneillado, vilipendiando el socialismo con pécúlados y negociados al amparo de la dictadura financiera. Otros se especializaron en la persecución de líderes y de periodistas socialistas. Otros, mejor intencionados pero menos preparados, con desconocimiento de las fórmulas revolucionarias, de los procedimientos y de los planes técnicos, usaron de la etiqueta socialista para realizar una acción administrativa incompleta, irregular, llena de fallas y lagunas, que no alteró casi en nada la fisonomía del país, pero que en cambio dió a las derechas la oportunidad de acusar el fracaso del socialismo como principio y como doctrina. Se acusó y castigó así la intención y no la acción. Se acusó y se acusa actualmente el fracaso de lo que no se ha realizado y de lo que simplemente se ha mencionado.

¿La causa de todo esto?. Digámoslo francamente, para la Historia: el sabotaje al socialismo, a cuya influencia los militares desconocieron un pacto. Una cosa es pactar desde abajo, aunque los militares del Comando nunca estuvieron abajo, una cosa es comprometerse y ligarse, pero, una vez arriba, esos dirigentes militares vieran que más cómodamente se desenvolvían en el Poder, sin la molesta, sin la desagradable presencia de los civiles socialistas que hablaban de principio y de programas.

Entonces, desplazaron a ese elemento. Lo desplazó primero Tro. Luego Busch continuó la tarea, en condiciones diferentes, es cierto, pero con un fondo común: la autonomía exclusiva del militarismo en el Gobierno. Ese era el programa de las derechas: los militares son una gran cosa, siempre que no gobiernen con los socialistas. Es cierto también que quedaron al rededor del Gobierno algunos socialistas, pero ya sin un lazo de unidad, sin participación oficial, quedaron desautorizados en la simple calidad de comparsas, entretanto que el bastón de mando, la dirección política, el poder, en fin, monopolizaron los militares en sus manos. Y no todos, solo algunos militares. (Aplausos).

Y esto es tan evidente que no tengo sino que acudir a un testimonio de un diario que no es socialista. Hace pocos días. "La Noche" ha hecho esta declaración sensacional, que no ha sido desmentida: "El socialismo jamás estuvo en el Poder".

Hay, señores Convencionales, una anécdota que por su valor objetivo define la situación de los socialistas en el Gobierno militar: Un capitán español en Marruecos, tenía a su cargo una compañía y se encontraba de acantonamiento. Para distraer sus ocios, este capitán visitaba a ciertos amigos que se hallaban acampados en las proximidades y habitualmente jugaba. La suerte, en cierta época, le fué adversa, y el Capitán perdió no sólo sus sueldos sino incluso los socorros de sus soldados. Ante el malestar producido por el atraso en la distribución de esos socorros, el Capitán optó por el siguiente procedimiento: hizo formar a la compañía y colocándose de frente a ella le dió la siguiente noticia: "Durante todos estos días, la compañía ha jugado y ha perdido!".

Los soldados se retiraron y cada vez que el Capitán desaparecía para ir a visitar al campamento próximo, los soldados no tenían otro recurso que preguntarse los unos a los otros "¿como nos habría ido anoche?".

Así el socialismo, dos años. Así como en esta vulgar anécdota los socialistas que habían hecho la revolución y cuya suerte se jugaba por el Gobierno, no tenían más derecho que el de preguntarse, todas las mañanas: ¿Cómo nos habrá ido anoche?

Pero esto ya no puede continuar. Se ha jugado en nombre nuestro durante dos años y con esa experiencia, nuestra consigna, camaradas socialistas, debe ser la siguiente: o con el gobierno, con todos sus poderes y responsabilidades, o fuera del gobierno sin responsabilidades. (Aplausos).

Pues bien. No estamos en la hora de las acusaciones. Estamos mas bien en eso que se llama la hora de la conciliación. Yo no acuso a las izquierdas, ni a los militares, ni a los anteriores gobiernos de hecho o de derecho. Eso sería interminable. Sabemos bien que el estado de enfermedad en que está el país se debe a fatalidades históricas implacables, al determinismo e-

económico de Marx, pero según él mismo, sobre la fatalidad de la historia tiene una influencia dialéctica el espíritu, el pensamiento político que puede rectificar la realidad presente o puede, por lo menos, prepararse para no ser sorprendido por la realidad futura.

La proposición dialéctica de este momento podríamos plantearla en estas interrogaciones: ¿qué es lo que somos?— ¿Qué es lo que debemos ser?. Y ahora voy a decir lo que somos.

Hace poco, leyendo al escritor argentino Ricardo Rojas, hallé esta reflexión:

“Los argentinos obsesionáronse unos con el fenómeno político, como si solo él compendiasse toda la suerte de las naciones. Otros se enorgullecieron con la riqueza como si ella fuese el destino de la civilización. Pero todos, absortos en el desarrollo material, que al par colmaba nuestros orgullos y acallaba con sus ruidos cualquier protesta, han dejado rodar en la sombra, desde hace varios lustros, las cosas que constituían el alma argentina”.

Si eso dice Rojas de la Argentina, donde, por lo menos la prosperidad material oculta el vacío de las elaboraciones espirituales, ¿qué diremos nosotros de Bolivia, donde no poseemos siquiera un progreso material cuyo esplendor justifique el desdén con que se ha dado al absoluto elvado los principios constitutivos del alma boliviana?. Sin riquezas materiales, sin prosperidad industrial, sin progreso mecánico, sin civilización por un lado, nos hallamos por otro, desprovistos de valores morales, de disciplinas éticas y de anhelos cívicos, estamos viviendo una precaria vida comparable solamente a la nebulosa existencia de los tebas o los chulupis. Estamos en peligro de calificarnos como un simple agregado de colonos del extranjero sin sentido de patria y sin noción de historia.

Ha desaparecido tan visiblemente, por obra del imperia- lismo, el principio generador del alma boliviana, el gran principio de nación, que la misma guerra del Chaco no ha alcanzado a tocar más que la epidermis del país, sin llegar a promover, a agitar el alma boliviana en busca de un mejoramiento y un reajuste de vida y de conciencia, sin exaltar esa conciencia para imponernos por fin una conducta de nación efectiva y no la de una sociedad compuesta por la avidez de mercaderes corrompidos y por la sumisión de pongos azotados.

Y frente a todo esto hay otra cosa que la enfermiza insensibilidad de todos los bolivianos. Ni la guerra ha podido salvar esa distancia que hay entre los bolivianos y su realidad, entre nuestras necesidades y nuestros hombres, esa distancia que ha hecho ya axiémática esta fórmula de la política boliviana: a grandes problemas, pequeños ministros; a intereses nacionales, soluciones de camarilla.

Ya es tiempo de salir de todo esto. Ahora, señores, voy a hablar de la actualidad, voy a hablar de Germán Busch.

Violentando la tradición de la alternabilidad en el Poder, se dispone esta Asamblea a nombrar al Teniente Coronel Germán Busch, Presidente de la República. Ejerce así una elevadísima atribución de su soberanía, pero no podría hacerlo más que mecánicamente como dije al principio, sinó señalase condiciones e intenciones. Es lamentable que Busch hubiese anticipado declaraciones que es necesario analizarlas y aún rechazarlas para cumplir nuestro deber. Hace días, en un comunicado oficial publicado en la prensa, se ha leído lo siguiente:

“COMUNICADO DE LA SECRETARIA PRIVADA DE LA PRESIDENCIA”

“Acerca de una publicación que registra “Ultima Hora” por la que se supone que el Tenl. Busch aceptó determinadas condiciones de un personaje político en una reciente entrevista, la Secretaría privada, niega tal aserto, pues el presidente de la H. Junta Militar consciente de sus atribuciones y deberes, no acepta ni aceptará condiciones de ninguna naturaleza en el ejercicio de sus altas funciones”.

Este no es político, no es admisible. El Tenl. Busch, gran militar, que a impulso de un gran destino ha llegado a la situación en que se encuentra, está obligado a conducirse también como un gran civil. El no habla solamente como Presidente de la Junta Militar, sino como candidato a la Presidencia Constitucional y en tal carácter debería aceptar condiciones. Si como militar sabe que el principio del orden está en la disciplina, sabe también que para mandar hay que saber obedecer y que él como Jefe de la Nación tiene por encima de su persona una autoridad más elevada, que es la nación misma. Yo no puedo imponer mis condiciones, porque no represento ningún partido ni ninguna mayoría pero las hago constar y quiero que ellas lleguen hasta Germán Busch como están llegando en este momento a Enrique Baldivieso que le acompañará en el Gobierno. Y yo les digo: no podemos entregar sin condiciones, sin compromisos la atribución que el pueblo nos ha conferido. Si así lo hiciésemos transmitiríamos todo el Poder absoluto al Ejecutivo, quedando el Congreso convertido en un apéndice, y un apéndice, bien saben los HH. Representantes es susceptible de apendicitis, y el apéndice es entonces, susceptible de ser cortado.

Digamos entonces que es lo que queremos. Hay ciertas declaraciones vagas, hay ciertos rumores que circulan al rededor del Palacio Quemado y entre ellos, el más grave, es el relativo a que el Gobierno se constituiría con un gabinete de equi-

posición derechista. No lo creo, porque todo derechismo en Bolivia es una ficción, y no creo que un gobierno nuevo, un gobierno de post-guerra empiece sus tareas haciendo o complicándose en ficciones.

Hace algunos días, cuando se debatía ardientemente en la prensa y en las calles la cuestión de derechas e izquierdas con motivo de la candidatura Vicepresidencial, un amigo mío, ex-diputado paceño, habil político y polemista, discutía en mi presencia con un caballero de cierta posición económica, quien manifestaba abierta y enfáticamente que él era hombre de derecha. A lo que el ex-diputado le expuso este argumento: "¿No es verdad que Ud. se cree derechista porque se cree rico? ¿Pero no sabe Ud. que en Bolivia no hay más que cuatro ricos que son: Patiño, Aramayo, Hoehschild y Suárez?. Los demás somos unos pobres diablos que nos creemos ricos, y por creernos ricos nos creemos derechistas". Las derechas no tienen, señores diputados, una ideología, una posición doctrinal, pero si analizamos más claramente sus condiciones, veremos que tampoco tienen una situación económica y viven de los saldos que les dejan como dádiva aquellos cuatro grandes ricos.

Al frente de esto no diré que las izquierdas tengan una clara definición doctrinal, ni una organización admirable ni una táctica política científica y que puedan tomar el Poder y hacer una gran revolución en este momento. Pero tienen en cambio algo sustancial, algo indestructible: representan a Bolivia, son Bolivia misma, son las fuerzas auténticamente nacionales, porque son el pueblo, son la riqueza humana del país, son su trabajo, son su soldado, y desde el bracero del trópico al artesano de las ciudades, y desde el indio campesino hasta el obrero de las minas, con los intelectuales y las clases medias, representan a Bolivia por este simple hecho: porque no representan intereses internacionales.

Entonces, lo que busco yo, lo que pido en nombre de aquellos que me hicieron su diputado es que el gabinete graveite sobre fuerzas efectivamente nacionales, que este Gobierno que se inicia sea el gobierno boliviano y no el gobierno de ningún clan, de ningún grupo, ni de ninguna casta, que no sea el Gobierno de Busch y de Baldivieso el último saldo del imperialismo, sino el primer creador de la nacionalidad económica y moral, porque de otra manera, como la revolución del 17 de Mayo, esta legalización del país, será un nuevo fraude a la esperanza de las generaciones jóvenes de Bolivia. (Aplausos).

Para concluir, señor Presidente, que el siguiente voto escrito, figure textualmente en el acta de esta sesión. Dice así:

"Como diputado por Cochabamba, sin compromiso anterior ni futuro con el gobierno ni los partidos, votaré por la fórmula INDIVISIBLE Busch-Baldivieso, en la esperanza de que

dicha fórmula dirija el país hacia una nacionalización efectiva, eliminando las fuerzas disolventes del imperialismo capitalista.

Votaré porque ese binomio sea colaborado con un gabinete que represente el temperamento nacional y no las tendencias de facciones o lógicas políticas, financieras o militares. Votaré, por un régimen civil que inspirado desde su origen por el espíritu predominante en la Asamblea socialista de Ex-combatientes se objeive en un gabinete al que concurran los representantes de la generación a que corresponde la responsabilidad del presente ciclo histórico.

Votaré por que la presencia de elementos de derecha en el gabinete sólo sea practicable, en beneficio de la concordia nacional, como colaboración y no como determinante de la política del gobierno, debiendo los ciudadanos a quienes se demande esa colaboración estar identificados como servidores de los intereses nacionales, y no como servidores de las empresas así sean mineras, industriales o agrícolas.

Votaré por un régimen mixto presidencial-parlamentario, que en conjunto constituya una nueva política internacional, económica y social.

Votaré por un gobierno enérgico que demande las responsabilidades de la guerra del Chaco y practique la revisión de los peculados creadores de fortunas de la guerra y la post-guerra.

—A. CESPEDES. (Prolongados aplausos).

